



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA
Unidad Xochimilco

Coordinación de
Extensión Universitaria
más de cuarenta años de difundir la cultura

cauce



Los momentos del arte

A pesar del calor húmedo y agobiante de la selva chiapaneca, hay un hombre ataviado con uniforme impecable, como estatua viviente custodia la puerta de una bodega. Porta un arma larga.

Con la mirada, el guardia me indica que para él yo soy un absoluto desconocido. Para mi suerte, después de dar los “buenos días”, Miguel Vázquez del Mercado informa: “vamos a entrar, venimos llegando del aeropuerto, haremos la entrega-recepción de la colección”. Sin bajar el arma, el uniformado responde: “adelante, buenos días”.

Estamos en el Museo de Sitio de Palenque y su bodega resguarda tesoros mayas como mascarones, incensarios, estelas, collares y otras tantas piezas diversas; todas son joyas de valor incalculable, son patrimonio de México y de la humanidad. El acceso restringido al búnker es comprensible.

Miguel, director del museo, me ha explicado que mi llegada coincidió con la presencia de la curadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quien viene a entregar una colección que regresó a Palenque después de algunos años de exponerse internacionalmente. No se puede postergar la entrega, la revisión de las piezas y la integración al inventario; me ha pedido comprensión por retrasar el montaje de la exposición que he traído y que solicitaron a la UAM

Xochimilco.

Después de la amplia explicación de Miguel, lo más interesante han sido sus disímbolas alternativas para mi día ante el cambio de planes: a) visitar la zona arqueológica; b) pasear por el pueblo de Palenque; c) esperarlo en su oficina. No sé qué hago aquí. Al no obtener respuesta inmediata surgió una última propuesta, como si además de dominar su ciencia arqueológica también leyera el pensamiento: “¿y si nos apoyas tomando fotografías de las piezas?” y me muestra una *Nikon* profesional.

Ya sé qué hago aquí. Ahora intento comprender cómo llegué hasta aquí, y no me refiero al avión.

Mirar una cámara de ese calibre no es tan intimidante comparado con la responsabilidad de conseguir las mejores tomas en esa circunstancia. Por alguna razón el arqueólogo asume que mi profesión de diseñador incluye hacer registros fotográficos. Le concedo la razón, empiezo mis oraciones antes de la faena, invoco a mis “patronos de la fotografía”, mis maestros de la universidad. “San Chalico, nuevamente recurro a ti... doy gracias por hacerme repetir el rollo completo aquel trimestre. ¡Ay San Armandito! no dejes de iluminar mi *product shot* (arqueológico)”, y así empieza la *rezadera*, pero, sobre todo, el agradecimiento. Después de varias décadas de egresado, aunque no es mi especialidad la fotografía, acepté la misión porque sé hacer lo que me enseñaron.

El arqueólogo ajusta sus anteojos y se calza unos guantes blancos de algodón, mientras observa como los auxiliares rompen los sellos de seguridad, y con una herramienta eléctrica desmontan las tuercas de la tapa de una caja de madera reforzada que semeja un sarcófago. La expectativa me invade como si fuera reportero y quisiera hacer algunas preguntas, pero como dicen los que juegan baraja: *los mirones son de palo*.

Nuevamente parece que han leído mis pensamientos, Miguel rompe el silencio y me comenta: “estas piezas vienen llegando de Inglaterra de una exposición que se llamó El Lenguaje de la Belleza, antes estuvieron en China y en Brasil”. Le respondo solamente arqueando las cejas para no

interrumpir pues ya han quitado la tapa, sus guantes blancos contrastan con el negro y grueso material espumoso que él ha empezado a retirar.

El arqueólogo quita delicadamente la segunda, la tercera y en la cuarta capa antes de que yo me decida a soltar el clásico chistorete: “tsss... ¡que gachos, no mandaron nada!” Aparece un rostro maya hermoso, pulido en color blanco que se percibe estar en absoluto, pleno y eterno reposo. “¡Óoorale!”, he dicho y de paso también he roto la máxima de la baraja. Para evitar la mirada de los que me escucharon –todos– pongo la cámara frente a mi cara y comienzo la sesión fotográfica.

Un momento pletórico de arte estoy viviendo. Cada que develan una joya más, doy gracias. Gracias por haber conseguido el pase directo a este momento único. Yo que sólo soy un mortal con oficio de diseñador en este ritual exclusivo de expertos y guardianes del arte prehispánico, aquí estoy, me han valido las *ciencias y artes* que conformaron mi honorable especialidad: diseñador de la comunicación gráfica.

La última vez que estuve en la ciudad arqueológica de Palenque fue a fines de los años noventa, gracias a que fui presentado como ilustrador. Ahora he regresado con algunos de aquellos dibujos que me permitieron realizar al interior del exclusivo campamento para arqueólogos.

Mi mente recoge mis pasos por la UAM en un día de clase: “cuida tu papel, no puedes dibujar en ese material así maltratado” (papel que me doblaron en el pesero). Así me corrigió mi profesor de dibujo, Octavio, en una sesión de aquellas famosas *repentinas*.

Podría seguir recordando frases y maestros, todos quienes dejaron impronta y conformaron cimientos para que un día pudiera volar hasta aquí. Me infundieron la buena factura y la exigencia.

Durante los días siguientes montamos la exposición *Arqueovirus. La Conquista Silenciosa*, en la planta alta del Museo Alberto Ruz Lhuillier y junto con su director pudimos disertar sobre los temas de arqueología, ciencia y arte en conferencia con el público, entre ellos muchos estudiantes.

El auditorio fue decorado artísticamente con grandes flores que crecen en la selva.

De regreso a Xochimilco, llegué a la UAM aún emocionado y con algunas fotos del viaje en mi

celular. Pensé en preparar mi reporte.

Camino hacia la galería, avanzo por un andador plagado de frases y dibujos que fueron garabateados en el cemento fresco con un alambre y que dan pavor, me hacen sentir mal, me urge llegar a un lugar seguro. Para mi desgracia el andador desemboca al acceso principal donde hay una estructura armada con tornillería usada y que intenta parecer un felino salvaje, salvaje pero tiene un platito –¿de croquetas?– y, además ¡sus patas se apoyan como si calzara tenis!

¿Dónde quedaron los momentos del arte?, ¿dónde quedó *El Lenguaje de la belleza*?

Rutilo Morales García

Galería de Las Ciencias

rutilom@correo.xoc.uam.mx